

Historia y filosofía
Tánatos y filosofía
Gabriel Andrade

Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
gabrielernesto2000@yahoo.com

Tánatos es una palabra griega que significa “muerte”, y tiene una gran significación para la filosofía, pues uno de los temas antaño muy discutido entre filósofos (pero hoy ya no tanto), es el de la muerte y la inmortalidad. En función de eso, ocasionalmente me pregunto: ¿Hay vida después de la muerte?

La creencia en una vida después de la muerte tiene coherencia con muchas creencias en muchas culturas, pero el hecho de que una creencia tenga coherencia con otras creencias no implica que sea verdadera. Asimismo, la mayor parte de la humanidad ha creído en alguna forma de inmortalidad, pero el hecho de que una creencia sea aceptada por la mayoría tampoco implica que sea verdadera.

Algunos filósofos han suscrito la idea de que, sin la creencia en la inmortalidad, el orden de la sociedad se derrumbaría. Pues, sin un Juicio Final, ¿cuál es nuestra motivación para ser morales? Pero, hay plenitud de motivos para ser morales, sin necesidad de invocar un Juicio Final: buscar el bienestar de la colectividad en la cual estamos inmersos, ayudar a los otros con la expectativa de que los demás nos ayuden o, sencillamente, sentir placer al hacer el bien.

Aun otros filósofos han estimado que, por si acaso, es mejor creer en Dios y la inmortalidad. Pues, si hay un Juicio Final,

Dios premiaría al creyente, de manera tal que no tendríamos nada que perder, y todo por ganar. Pero, ¿por qué hemos de asumir que Dios premiaría exclusivamente nuestras creencias? Además, si nos decidimos a creer en un dios, ¿acaso no corremos el riesgo de equivocarnos en la adoración de un dios en particular, y ser castigados por el Dios verdadero?

Las religiones monoteístas enseñan que habrá una resurrección de los cuerpos, pero ¿por qué hemos de creer esa promesa? Hasta ahora, no hemos visto ningún cadáver regresar a la vida. Las religiones monoteístas invitan a tener fe, pero si aceptamos por fe la resurrección, ¿por qué no aceptar por fe la reencarnación o los viajes intergalácticos *post mortem*? Además, ¿cómo, en la resurrección, podemos seguir siendo las mismas personas? Tenemos la intuición de que un objeto que se destruye por completo, y luego se reconstruye, ya no es el mismo. Es difícil apreciar cómo la identidad del cuerpo escapa a esta intuición.

Algunos filósofos y teólogos han defendido la idea de que, puesto que tenemos alma, podemos seguir siendo los mismos en la resurrección. O, en todo caso, aun si no hay resurrección de los cuerpos, podemos seguir existiendo incorpóreamente, o si no, en un ciclo de reencarnaciones. Pero, el concepto de “alma” es demasiado vago e impreciso, y además, encuentra muchos problemas. ¿Cómo puede una sustancia inmaterial interactuar con el mundo material? ¿Cómo se conserva el alma frente a los daños cerebrales? ¿Por qué hemos de asumir que existe un alma, si parece suficiente explicar los contenidos mentales en función de las operativas del cerebro? ¿En qué momento de la gestación surge el alma? Si es en el momento de la fecundación, ¿tienen los gemelos idénticos sólo un alma?

Varias personas con inclinaciones científicas han tenido entusiasmo por encontrar el alma. Se empeñan en recopilar

testimonios sobre vidas pasadas, apariciones fantasmales, posesión de espíritus, capacidad telepática, experiencias cercanas a la muerte y muchos otros fenómenos “paranormales”. Pero la evidencia a favor de estos fenómenos no pasa de ser anecdótica. Y, cuando se han intentado reproducir estos fenómenos en experimentos con condiciones controladas, o bien los resultados no se han conseguido, o bien los experimentos no han sido bien diseñados.

Así, ante la pregunta, ¿hay vida después de la muerte?, me inclino a responder negativamente. Ciertamente nadie podrá demostrar que *no* hay vida después de la muerte. Pero, nadie puede probar un negativo. Tampoco podemos probar que *no* hay hadas madrinas, o que al morir *no* somos raptados por extraterrestres invisibles. La carga de la prueba reposa sobre quien afirma la vida después de la muerte; y hasta ahora, no ha logrado convencerme de su alegato. Pero, por supuesto, sigue siendo un tema abierto. El hecho de que no se haya aún probado que hay vida después de la muerte no implica que no pueda hacerse en un futuro. La mayoría de los intelectuales desdeña la parapsicología como una pérdida de tiempo. Yo no comparto esa valoración: creo que debemos mantener una actitud abierta respecto a posibles futuros hallazgos. Por supuesto, en el entretiem po es más racional asumir que no hay vida después de la muerte.

Por ahora, entonces, tengo más inclinación a negar que haya vida después de la muerte. Parece inevitable que mi existencia (y la de todos nosotros) llegará a su fin en cuestión de años. Después de todo, la primera premisa del más célebre de todos los silogismos parece mantener su veracidad: todos los hombres son mortales.

Algunas personas no sienten la menor angustia en saber que son mortales. Sospecho que esas personas son minoría.

La mayor parte de la humanidad siente preocupación frente a la muerte, y posiblemente sea ésa una de las razones por las cuales se ha postulado una vida después de la muerte. Pero, el hecho de que sintamos angustia frente a la muerte no implica que, sin la inmortalidad, la vida no tiene sentido.

La pregunta por el sentido de la vida es sumamente esquivada. La mayor parte de las veces, los filósofos no aclaran bien qué quieren decir cuando preguntan cuál es el sentido de la vida. Supongo que una manera más o menos clara de plantear esta pregunta es con esta interrogante: ¿Para qué vivir? O, en los términos en los que alguna vez los planteó Albert Camus, ¿por qué no suicidarse?

Sin duda, muchas personas han encontrado en Dios la motivación para vivir. Y, como corolario, muchos estiman que, en la medida en que nuestras acciones tengan alguna trascendencia y su huella sea eterna en la inmortalidad, hay motivos para llevarlas a cabo. Yo estoy de acuerdo con ello: Dios y la inmortalidad ciertamente son motivos suficientes para vivir. Pero, dudo de que sean los *únicos* motivos para vivir.

Varios filósofos han aceptado (o, al menos, han dado la apariencia de aceptar) la idea de que, sin la inmortalidad, la vida no tiene sentido. Y, puesto que aceptan que no hay indicios de una vida después de la muerte, asumen que, en efecto, la vida no tiene sentido. Abrazan así el nihilismo. Para ellos, la vida es absurda, y sencillamente, no parecen encontrar razones para vivir.

Creo que estos filósofos se equivocan. Aun si nuestra existencia eventualmente quedará aniquilada, hay suficientes motivos para seguir viviendo. El hecho de que, en algún momento, la fiesta se acabará, no implica que no podamos disfrutar la fiesta mientras dure. Podemos encontrar sentido en aquello

que, sencillamente, nos genere placer. Hay muchas formas de alcanzar un placer que nos permita encontrar sentido a la vida. Salvar vidas en un hospital, jugar al fútbol, devorar libros, beber y comer con mesura, ir al cine, compartir con los amigos, criar a los hijos, jugar con los perros, etc., son actividades que perfectamente pueden motivarnos a seguir viviendo. La vida no es absolutamente bella, pero podemos hacer un esfuerzo por hacerla bella. Tenemos plena justificación para intentar prolongar la vida lo más que podamos (y, por qué no, prolongarla indefinidamente). Para quien ha tenido una vida gratificante, la muerte (a saber, el cese de esa vida gratificante) será un mal. Pero, si bien la muerte es un mal, no es lo suficientemente trágica como para despojar de sentido a nuestras vidas. O, al menos, en la tercera década de mi vida, eso creo.